

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN LA COMIDA QUE OFRECIO AL PRESIDENTE DE COSTA RICA, LUIS ALBERTO MONGE

Excelentísimo Señor Luis Alberto Monge,
Presidente de la República de Costa Rica;

Señoras y Señores:

La visita del Jefe de Estado de Costa Rica a México se realiza al amparo del aprecio y la franqueza que siempre han prevalecido entre nuestras dos naciones, unidas por lazos de una viva y entrañable fraternidad. En este marco se inscribe Señor Presidente, el valor de su estancia entre nosotros.

Nuestras conversaciones han recogido, y sin duda lo seguirán haciendo en el porvenir, la voluntad y esperanzas con que los Gobiernos de Costa Rica y México impulsan su relación bilateral, fundada siempre en la cooperación y el respeto mutuo. Hemos advertido también la marcha de los acontecimientos en la región centroamericana. Nuestro diálogo ha sido el que corresponde a dos países amigos que buscan expresar, con madurez y sin estridencias, sus afinidades y sus perspectivas propias.

En nuestro ámbito regional se tiende el arco ominoso de la guerra. Vivimos horas decisivas en las que la voluntad y la acción de los gobiernos adquieren, con facilidad, un claro sentido histórico. Es la conciencia y el destino mismo de los pueblos centroamericanos lo que está en el fondo de las determinaciones.

El ejercicio del poder nunca está exento de valedades. En no pocos momentos, la realidad contrasta con las expectativas; de ahí que en la política se concentre el arte de la posibilidad. Nunca, sin embargo, se está estrictamente solo en esta dimensión de la actividad social. El poder del Estado es público y debe derivar de la voluntad popular. No existe legitimidad gubernamental sin la sanción del pueblo que es, al mismo tiempo, tradición y cambio que inspiran el quehacer político de una nación.

Estos elementos han sido para Costa Rica y México elementos centrales de su vida democrática. En las ricas vertientes de su conformación social se explica la solidez institucional que garantiza la participación popular en las tareas del Estado. Esa vocación de democracia ha facilitado, a lo largo de los años, un conjunto significativo de relaciones entre nuestros dos países que se ha fortalecido gradualmente pero que es, desde luego, aún perfectible.

De nosotros depende revitalizar y actualizar la vigencia de nuestra tradición democrática, porque contiene y representa en alto grado, nuestra razón de ser y nuestra percepción del mundo. Múltiples son los obstáculos que el mundo de hoy opone a la verdadera democracia. Destacan, sobre todo, los que se derivan de la crisis económica, de las tensiones que alimenta la política de poder y de quienes impugnan la validez de la convivencia plural como expresión esencial de la vida internacional. A la pesada carga de muy antiguos problemas se suma, hoy en día, la no menos ardua de los nuevos desafíos del desarrollo económico y social. A cada momento surgen barreras que superar, en cada resquicio se ocultan dificultades que es necesario vencer.

En nuestra región, la crisis ha dejado ver el rostro verdadero de las insuficiencias de la estructura económica y ha revelado profundas fisuras en las instituciones del quehacer político.

No obstante, a fuerza de enfrentar los problemas hemos ido acumulando valiosas experiencias. Sabemos, por ejemplo, que siempre será mayor la resistencia de los pueblos que los obstinados intereses de la dominación. Sabemos también de la necesidad de evitar un renacimiento del autoritarismo y de impedir que la crisis desemboque en un mundo aún más difícil para quienes más resisten sus efectos.

El primer paso es entender que la historia es cambio y que los problemas tienen un carácter transitorio. Las trayectorias de las naciones refutan, por sí mismas, el artificio de que habitamos un mundo sin soluciones. En México conocemos el valor de la objetividad y la serenidad política ante el falso catastrofismo que deriva de la adversidad. En nuestro itinerario como país independiente, hemos sufrido embates y presiones de toda índole sin que ellos alteren el rumbo de la nación: su afán de autodeterminación, de identidad y de desarrollo con justicia. Hoy, más que nunca, los mexicanos sabemos que los pueblos no negocian su destino.

Promovemos, en cambio, la defensa de nuestra soberanía y la concertación solidaria de los esfuerzos de la América Latina para preservar lo mejor de las instituciones y de los recursos de que disponemos. No se nos oculta, desde luego, que somos una familia disímbola y que, por ello, toda empresa integracionista implica, necesariamente, un proceso de solidaridad y de negociación y concertación permanentes.

Cuando se gestan en Centroamérica cambios históricos que exigen la concertación de compromisos de vasto alcance, están fuera de toda lógica las aventuras anacrónicas del intervencionismo. No es posible detener por esa vía ilegítima las transformaciones y la superación de las estructuras de dominación.

De otra manera se estaría conspirando contra los verdaderos sentimientos de nuestros pueblos que sería tanto como conspirar contra nuestra propia historia. Estoy convencido que las naciones del área sabrán robustecerse, política y socialmente, sobre los fundamentos de sus más altas tradiciones y legítimas aspiraciones.

Por definición, la crisis no puede ser sino coyuntura. De ella sobrevendrá el impulso que delinearán los rasgos de una nueva sociedad que ya, desde hoy, está exigiendo responsabilidades de solidaridad y cooperación. No podemos escatimar nuestro concurso. Es ésta una oportunidad, quizá irrepetible, que las naciones centroamericanas deben aprovechar para consolidar un porvenir de estabilidad y progreso.

Son tres los ámbitos de acción principales en donde ha de cobrar realidad nuestro compromiso. Frente a los vestigios renuentes de viejas formas coloniales, que persisten como males crónicos de las instituciones, es necesario apoyar el impulso reivindicatorio de los pueblos que luchan por su emancipación nacional. Ante la insuficiencia de

sus estructuras económicas, que obstruyen las vías de un desarrollo integral, se requieren medidas que permitan a los países de la región reordenar su aparato productivo y dar paso a sociedades sostenidas en la justicia y en la igualdad.

Finalmente, para enfrentar las fuerzas del autoritarismo que obnubila el genio político de los pueblos, es preciso estimular la participación de la comunidad en las tareas que conforman la gestión de los gobiernos.

El surgimiento de mejores realidades sociales no deriva sólo de nuestras intenciones. Nos corresponde realizar grandes esfuerzos y procurar una congruencia que no es ajena al talento político de nuestros pueblos. En esta tarea, los gobernantes deberemos interpretar el sentido del cambio, ante jornadas que demandan vocación y firmeza.

Las relaciones entre Costa Rica y México se han sustentado, tradicionalmente, en un clima de respeto y confianza mutua. Su país, señor Presidente, ha ocupado siempre un importante sitio al lado de las fuerzas progresistas de nuestra región. Sabemos que nada podrá desviar de esa ruta al pueblo costarricense.

Es común nuestra preocupación por preservar la paz y la seguridad en Centroamérica sin interferir en los procesos de cambio social que en ella se generan.

Estamos convencidos de que la pacificación debe fundarse en el respeto cabal al principio de la soberanía nacional en su doble perfil de autodeterminación y no intervención. Seguiremos insistiendo en que la vigencia de este postulado constituye la única vía racional para la convivencia dentro de la pluralidad.

Costa Rica ha sido un bastión de la democracia en el área. La práctica de la neutralidad, que es legítima aspiración de su política internacional, le impondrá obligaciones adicionales por encima de las contingencias, tan numerosas en estas horas de graves riesgos para la paz.

En una hiriente paradoja hay quienes creen encontrar en la agudización de las tensiones las garantías de su soberanía. La verdadera seguridad de cada país no puede darse sino en la paz regional y en el respeto incuestionable al derecho de los otros. Las fronteras seguras son necesidad de todos y a nadie conviene convertirlas en territorios sustraídos al ejercicio soberano de sus legítimos titulares. Lo contrario constituye un ataque permanente a la seguridad y a la soberanía de esas mismas naciones.

Es necesario, por tanto, promover acciones para que cada Estado, con sus propios medios y sin injerencias foráneas, mantenga el control de los ámbitos territoriales sobre los cuales ejerce su jurisdicción. Es éste un imperativo para avanzar en el proceso de pacificación; para reducir o eliminar los conflictos y aislar los efectos de las controversias.

La nuestra es una lucha contra el tiempo: es urgente precisar y cumplir los términos del entendimiento político, a fin de robustecer nuestra capacidad negociadora. Es hora de resolver las divergencias locales sin comprometer a los países y a los grupos en conflicto en las fórmulas viciadas de la guerra fría. Los enfrentamientos entre los países se originan en la contradicción de intereses concretos y no en el carácter de sus estructuras políticas. Por ello resulta posible la solución pacífica de las controversias si se adoptan criterios de negociación y se rechazan en cambio, las simplificaciones de la propaganda maniquea.

Costa Rica y México son naciones responsables que deben estar unidas en la acción que sus propias tradiciones les demandan. Para ambas, el pluralismo ideológico es requisito propio de la convivencia entre países y constituye una virtud central de su filosofía política. Sabemos que no puede existir verdadera independencia en la práctica de la confrontación. Cuando un país se deja arrastrar por la dinámica de la política bipolar, el resultado es, invariablemente, la reducción o la pérdida de su libertad.

La soberanía y la independencia de Costa Rica, como la de México, se fortalece en la solidaridad de las naciones latinoamericanas; su seguridad interna, en el fortalecimiento de la democracia y en el respeto al derecho internacional. Trabajar en favor de nuestra comunicación política es, en ese sentido, estimular el enriquecimiento del conjunto de las relaciones entre los Estados de la región y de América Latina. Podremos trascender nuestras limitaciones particulares en la medida en que amplíemos la colaboración binacional y regional, como partes de un solo tejido de desarrollo en la paz.

Los esfuerzos del Grupo Contadora buscan transformar la idea simplista de la paz por la paz misma. No sólo es necesario alzar barreras infranqueables a la violencia bélica, al armamentismo y al deterioro político; es impostergable evitar que los conflictos se regeneren. Asimismo, estimular genuinamente el proceso diplomático de pacificación y las medidas que impidan la exacerbación de

los diferendos, para devolver a todos los países la seguridad fronteriza a que tienen derecho, es responsabilidad primordial de los Gobiernos centroamericanos.

En los días que vivimos es insostenible la tesis de que el cambio amenaza el progreso del área. No obstante, todavía hay quienes sustentan el contrasentido de suponer que los pueblos centroamericanos no están aptos para buscar su propio destino o que las luchas reivindicatorias significan un atentado a la seguridad de la región. Estas interpretaciones representan posiciones interesadas y alejan la atención y el esfuerzo de las causas que generan los verdaderos problemas. En todo caso, y a partir del ejercicio efectivo de la autodeterminación, deberá procurarse que los esfuerzos nacionales sean respetuosos entre sí; que se descarte toda tentativa mesiánica y se cancele todo espíritu de cruzada.

América Central posee un rico potencial para el avance económico y social, que reclama una acción que articule capacidades y esfuerzos. Existen en el área experiencias significativas de integración que deben revitalizarse en favor de la viabilidad económica de cada país y de la región en su conjunto. Pero, más aún, el imperativo de estabilidad y desarrollo supone sumar a la cooperación económica entendimientos políticos con una visión de urgencia y de largo alcance.

El ideal de una patria centroamericana que vincule las aspiraciones de progreso y de justicia con las de identidad e independencia, no es un afán utópico. Surge hoy, por el contrario, de necesidades impostergables y de elementos concretos de complementación.

La comunidad de lenguaje y cultura, de anhelos y afinidades históricas —sin duda mayores que discrepancias transitorias— son también factor incontestable para una Centroamérica unida, fuerte, integrada en sus propósitos y en una vocación común de paz y de progreso. Hagamos que la historia se vuelque hacia ese signo.

Señor Presidente:

Tenemos ante nosotros tareas de la mayor importancia. En un mundo de escasas alternativas es urgente ampliar la capacidad de respuesta de los países en desarrollo. El desequilibrio del orden mundial vigente hace más necesario aún el concierto de nuestras voluntades para propiciar el entendimiento y la convivencia con solidaridad. Debemos combatir los modelos de desarrollo que

sólo han servido para fomentar y afianzar estructuras de dominación contrarias a los intereses del mundo no industrializado.

Costa Rica y México cuentan con los elementos necesarios para crear un amplio y positivo sistema de cooperación que dé cauce a sus aspiraciones y les permita ampliar los espacios de intercambio y comunicación.

Señor Presidente:

Dentro de ese espíritu y como una muestra de la amistad y del aprecio que el pueblo y el Gobierno de México sienten por Costa Rica, y en reconoci-

miento a su destacada labor y a sus esfuerzos en favor del entendimiento y la cooperación entre nuestros países, me es muy grato imponer a usted, Señor Presidente Luis Alberto Monge, la Condecoración de la Orden Mexicana del Aguila Azteca en Grado de Gran Collar.

Estoy seguro que su visita contribuirá a fortalecer tan nobles propósitos. Hago votos por el éxito de la muy importante gestión que corresponde cumplir a usted y a su Gobierno, por su bienestar personal y por la prosperidad del pueblo de Costa Rica.

Ciudad de México, 17 de octubre de 1983